

## Amor y Juego- Investigación y Deseo<sup>1</sup> ¿Es posible asumir la investigación como infinito...como algo natural?

Luis Guillermo Jaramillo Echeverri\*

---

Universidad del Cauca

*Si buscamos solaz en el todo,  
debemos aprender a descubrir el todo  
en la parte más pequeña,  
porque nada es más consonante con la Naturaleza  
que el hecho de que pone en operación,  
en el detalle más pequeño,  
aquello que pretende como un todo comprender  
(Goethe)*

### Resumen:

En la academia, llámese Universidad, Colegio o Escuela, escasamente nos preguntan ¿qué hemos venido a aprender y desaprender? ¿Cómo hemos de des-equilibrarnos? Recibimos constantemente información que difícilmente procesamos en conocimiento, esto tal vez, porque la Educación se ha convertido en el lugar donde se enseña a pescar respuestas y no a construir preguntas. En la Universidad, principalmente, nos enseñan que uno de los procesos básicos para ser profesional es aprender a Investigar. Como seres pensantes, racionales, inquietos y curiosos, esta debe ser parte de un proceso *natural* de formación ¿Qué hace de la investigación algo natural para que sea enseñada en nuestras aulas académicas? Para ello, planteo algunas reflexiones sobre el juego, el amor y el deseo - como parte de nuestra infinitud natural – y la relación que existe entre estos con la investigación. El orden en que se presentan estos cuatro elementos, no precisan su aparición en el ser; por el contrario, es desde su misma infinitud que éstos hacen parte del sujeto; mas se exponen en orden por la forma como se encuentra recreado el artículo.

**Palabras claves:** Formación en Investigación, Juego, Amor, Deseo, Investigación.

---

<sup>1</sup> La fecundación del presente artículo tuvo sus inicios hace dos años (mayo de 2004) con motivo de una invitación que me hizo el colegio “Real San Francisco de Asís” de la ciudad de Popayán, para orientar una conferencia sobre el Desarrollo del Espíritu Científico en la Educación Básica. Charla dirigida especialmente a los estudiantes del colegio. No dejé de emocionarme cuando observé en sus rostros el juego, el amor y el deseo de querer saber que era eso tan “serio” que se llama investigar. Por otra parte el escrito forma parte de mi tesis doctoral en Educación: *Investigación y Subjetividad*. Universidad Tras-Os-Montes e Alto Douro (Vila Real- Portugal).

\*Mg. Profesor Departamento de Educación Física, Facultad de Ciencias Naturales, Exactas y de la Educación, Universidad del Cauca. Popayán. Col. [ljaramillo@unicauca.edu.co](mailto:ljaramillo@unicauca.edu.co)

## Summary

*In academia, be it the university, college, or primary school, they barely ask us: what have we come to learn and unlearn? How could we go about 'unequilibrating' ourselves? We permanently receive information that we hardly convert into knowledge perhaps because education has become the space for fishing answers rather than for making questions. At the university they mainly teach us that one of the main processes in becoming a professional is to learn to do research. As thinking beings, rational and curious, research shall be a natural process for education. What make of research something natural to be thought in the classroom? On this vein I present some thoughts on play, love and desire - as part of our natural finitude – and the relationships existing between these concepts and research. The order in which these four elements appear, do not make it necessary its presence in the individual, contrariwise it is from the finitude itself that that are part of the subject, they appear one after the other due to the form as they are recreated in the article.*

**Key words:** *Research, play, love, desire.*

## Juego...

¿Por qué jugamos?, mejor dicho, ¿para qué jugamos? ¿Cuál es la magia que encierra? Hablamos maravillas del juego, lo asumimos como un elemento pedagógico que nos permite entrar a horizontes de ensoñación y deseo. Decimos que sin juego es imposible enseñar, en especial, al niño y la niña. Creo que al menos existe un proyecto de investigación en cada Universidad del mundo dedicada al juego. Reconocemos de él sus bondades de libertad, de actividad intencionada que nos hace movernos lúdicamente.

Si el juego es tan importante, ¿por qué a medida que crecemos en edad dejamos de jugar? Lo bello del jugar pasa a ser uno de nuestros mejores recuerdos, traemos remembranzas acerca de cómo jugábamos en la escuela o en el barrio, o con mamá o papá cuando salíamos de paseo.

Parece ser que el juego, cuando somos adultos o jóvenes, pierde su magia, su encanto, su hechizo; nuestros ojos se han nublado para ese ser (Juego) con el que compartíamos tiempos de antaño en tardes interminables al lado de nuestros mejores y peores amigos (de niños difícilmente tenemos enemigos; al menos no son los enemigos que tienen los adultos) ¿Qué es lo que pasa?, ¿por qué se endurece nuestra cerviz para no jugar como lo hacíamos antes?

No obstante, seguimos reconociendo que el juego emerge en los chicos y chicas de forma natural y espontánea; incluso, escuchamos comentarios como: “ellos nacen jugando”, o “es imposible para ellos dejar de jugar”. Si el juego es con-natural en los niños y niñas ¿qué pasa con nosotros los adultos? ¿Será que cuando se deja de ser niño o niña ya no se juega? Y si se juega, ¿a qué se juega cuando se crece? ¿Cuáles son los juegos de los adultos? ¿Dónde radica la diferencia?, ¿a qué edad se pierde esa bella magia?

Creemos y dejamos de jugar, al menos ya no jugamos como antes, tal parece que crecemos en razón pero vamos decreciendo en fantasía y emoción; ya no jugamos como juegan los “muchachitos”, cuando crecemos dizque maduramos. Pero maduramos en qué, ¿qué nos hace sentirnos más maduros o tan maduros para no jugar como antes? Son muchos los interrogantes y pocas las respuestas que se pueden decir al respecto; máxime, cuando la realidad nos muestra

que por encima de todas estas preguntas y posibles respuestas, lo que se evidencia es un cambio de entrada en nuestra acelerada manera de vivir.

Ya no somos los niños o niñas de hoy, pero tampoco fuimos los adultos del ayer, posiblemente no fuimos el tipo de adultos que nuestros padres y maestros desearon que fuésemos; sencillamente somos y eso es lo importante. Y aquí estamos, tratando de ser y no ser a la vez; intentando interpretar lo que nuestra sensibilidad nos comunica; significando mensajes dados por los sentidos, aprendiendo de unos y desaprendiendo de otros; esto nos sucede permanentemente en nuestra vida cotidiana, sobretodo, cuando existimos en un mundo del cual somos parte y no nos hallamos alejados o expulsados de él.

Ahora que recuerdo, yo nunca decidí jugar, ni dije en mi interior “hoy voy a jugar”; simplemente jugué y me dejé envolver en ese éxtasis de reglas acordadas, mas no impuestas, de aceptar un líder que no se auto-nombraba impositivamente sino que era escogido por todos, de derroche de energía, de no sentirme esforzado, de no dejarme coger cuando huía de mis compañeros «cogido<sup>2</sup>» ..., y así una serie de actividades que en el momento que participaba de ellas, toda mi atención, todos mis pensamientos, todo mi ser, era absorbido en aquello que realmente me interesaba: ¡Jugar! A veces no percibía cómo era que había ingresado al juego o cómo me encontraba en medio de él, simplemente estaba allí, en pleno placer.

Cuando jugaba se me olvidaban acciones cotidianas como comer, estudiar, organizar el cuarto, comprar el refrigerio, en fin, no quería otra cosa que estar con un señor llamado “Juego”. Juego se convirtió para mí en un sujeto-real, pues hizo que mi subjetividad fuera todo un hontanar (fuente) de expresión; es decir, centrifugó (lanzó afuera) mi corporeidad. El juego de mi niñez fue parte de mi humanidad, algo que desbordó mi razón, con ella (la razón) participaban también la intuición y la intencionalidad. Juego ante todo era *acción*; nunca fue un acto conductual ya que en medio de él tomaba decisiones y sabía donde me encontraba<sup>3</sup>.

El juego hace parte de nuestros más grandes afectos y emociones, no es algo irracional, no cambiamos de mundo por jugar, ni se nos olvida quiénes somos; jugamos asumiendo decisiones al interior de nosotros mismos y de los otros, por tanto, no jugamos alejados de nosotros ni de los demás. La acción es algo que nos diferencia de la irracionalidad; incluso, de la objetividad que nos induce la academia. Juego y Ser co-existen: fenomenológicamente, nuestro ser es en el mundo. Como diría Cézanne: el color y el dibujo ya no son algo distinto; a medida que se pinta, se dibuja. Análogamente, en la medida que jugamos nos inventamos el mundo...nuestro mundo, y esto no es fantasía, es realidad que nos permite comprender que siempre habrá un mundo expandido que pintar y soñar, del cual, poco a poco, emergen los contornos dibujados de nuestra subjetividad. Juego: “ocupa el ser, la noche y su vigilia, mezcla lo onírico y lo real, disuelve las formas a la manera de la luz que borra las líneas de las rocas... (Duvignaud, 1997: 30). Con él, podemos sentir diversamente:

Quien nos enseña a distinguir nuestros sentidos es la ciencia del cuerpo humano.  
Lo vivido no lo reencontramos o lo construimos a partir de los datos de los sentidos, sino que se nos ofrece de golpe como el centro de donde proceden.

---

<sup>2</sup> Juego popular que muy practicado por en las intituciones escolares de básica primaria.

<sup>3</sup> Gadamer respecto al juego, se pregunta si es posible distinguir a éste (el juego) de los sujetos que juegan (jugadores), pues el juego forma parte como tal, de toda una serie de comportamientos de la subjetividad (Jaramillo, 2004). “Puede decirse por ejemplo que para el jugador, el juego no es un caso serio y que esa es precisamente la razón por la que juega. Sin embargo, mucho mas importante es el hecho de que en el jugar se da una especie de *seriedad propia*, de una seriedad incluso sagrada. (1993:144).

Vemos la profundidad, lo aterciopelado, la suavidad, la dureza de los objetos; Cézanne decía incluso: su olor (Merleau-Ponty, 2000: 41-42).

El juego de mi niñez - y creo que la de muchos - fue una experiencia que amplió mi horizonte de vida, permitió aventurarme; es decir, arriesgarme a aventuras que para la edad me eran imposibles de realizar; Juego me mostró que otros mundos no son posibles sino que siempre han sido posibles; de este modo, me amplió otras sensibilidades de ser-soñado; con Juego viví angustias, alegrías, tristezas, enfrentamientos, peleas, esfuerzos y realizaciones; sobrepasó entonces, el sólo hecho de la diversión. Al mismo tiempo que reía o sudaba, también construía significados y sentidos de vida propios de mi cultura<sup>4</sup>.

### Juego, amor...

Más tarde, en mi adolescencia e ingreso a la juventud, sentí evidentemente que ya no jugaba como antes, no corría o sudaba en la persecución; mi mirada de ver al señor “Juego” cambió; empecé a observar a los más pequeños como niños y niñas que, cándidamente juegan y se la pasan corriendo de aquí para allá, de allá para acá, por todo lado, inquietando y empujándose; incluso, llegué a escuchar a algunos docentes que decían: esos chicos parecen “locos”. Ello me permitió entender que en la adolescencia o pre-juventud se jugaba pero de otra forma; o sea, nunca se deja de jugar, sino que nuestros afectos y juegos adquieren otra connotación en nuestro ser corpóreo. Se sigue pareciendo “loco”, pero ahora, locos en el *Juego del Amor*.

Con la edad, iniciamos la etapa de romanticismo. El juego del niño-niña se va esfumando para ingresar a otras posibilidades que nos ofrece la vida. De muchachos nos pica el famoso “bicho” del amor, empezamos a enamorarnos, a sentir el mundo de la vida de otra manera. El sexo opuesto ya no se busca para enfrentar y batallar; el Otro opuesto a mí es para sentirlo cercano, y entre más cerca mejor; las caricias cobran sentido (como el arte) porque se convierten en una experiencia que al instante nos modifica, nos revuelca y nos vuelve locos.

Hace poco estuve con un amigo en un colegio de la ciudad de Popayán, donde le solicitaba a la directora de la institución ocupar un espacio abandonado (como especie de bodega) detrás del plantel educativo, con el fin de acondicionarlo para que los estudiantes, practicantes de Educación Física, tuvieran un sitio para preparar sus clases. La directora se negó a otorgar el espacio por razones que tienen que ver con algo jugado en los muchachos; su argumento fue que por ese sitio se van los chicos del colegio a jugar; pero, no es un jugar como juegan los niños y niñas, no es a jugar como antes; ellos se meten a jugar de otra manera; hubo sonrisas...luego, ella dijo...ustedes me entienden ¿Qué es jugar de otra manera? ¿Será hacer el amor a escondidas? o ¿Dejar que dos enamorados se expresen el amor en una bodega trasera, aunque sea en el colegio? Nuestra directora no entendía que no son los espacios los que dan ocasión al sexo, es la falta de libertad que tienen nuestros muchachos para hablar de algo tan natural y normal como “hacer el amor”; muy tarde entendí que el temor al castigo o regaño es lo que nos empuja a cometer acciones a escondidas.

El amor, igual que el juego, es algo espontáneo, anhelado, más no irracional; desde nuestra subjetividad, tomamos decisiones de querer hablar o vivir momentos de gran intensidad; si nos

---

<sup>4</sup> Ver al respecto: “Juego y Motricidad” del profesor Sergio Toro; artículo donde expone como “desde la motricidad, en cada juego, en cada acción, se imprimen las estructuras biológicas, las contracciones, relajaciones y las secreciones, del mismo modo que se expresan y se efectúan tareas que construyen la percepción y la cosmovisión que nos acompañará la vida entera y que definirá en consecuencia el proceso de personalización y humanización que cada ser humano lleva a cabo” (2006: 56).

entregamos a ello, no se rompe el encanto, ni el embrujo; es como estar en otra “onda”, pero sabiendo-sintiendo donde se está. Enamorarse no implica un alejamiento de sí, muy por el contrario, es la oportunidad de mirar al Otro(a) como absolutamente Otro<sup>5</sup>: sentir que existe y puede estar viviendo algo distinto a lo que siento yo; ello no hace de mi amor algo platónico, lo hace realizable porque es con alguien de carne hueso que vibro, no es una idealización; es más, por verlo así (humano), es perfectamente posible que me llegue a des-enamorar de él o ella.

Con el amor auestas ya no jugamos como antes, lo cual es emocionante, ahora se *juega al amor* y como todo juego, ello es parte “natural” de nuestra condición humana, algo intencionalmente jugado que nos da autoridad para decir “Yo sé que es amar”, lo cual no se aprende en una academia, ni lo enseña un maestro, ni existe un saber pedagógico al respecto; el amor, al igual que el juego, no se conoce teóricamente o se estudia, el amor se comprende, Max Neef lo expresa de la siguiente manera:

Cualquiera de ustedes puede haber estudiado todo lo que es posible estudiar desde una visión teológica, filosófica, antropológica, biológica, bioquímica, psicológica, etc., sobre un fenómeno humano que se llama amor, y ustedes habrán estudiado todo lo que se puede estudiar sobre el amor, saben todo lo que se puede saber sobre el amor pero nunca comprenderán el amor a menos que se enamoren (2005: 1).

Sólo se puede comprender aquello de lo cual hacemos parte, no se comprende algo de lo cual nos separamos. El amor demanda compromiso y unión: unión de sentimientos, cuerpos, emociones, pasiones, tiempos y espacios. El amor es posible desde la subjetividad porque lleva implícito el gozo, la alegría, el dolor y el sufrimiento. Sí con el Juego nuestra subjetividad se recrea, con el amor se exterioriza, se nos vuelve carne, verbo, calor.

Así como el Juego puede ser sujeto<sup>6</sup>, el amor es gozo; uno se siente enamorado, nos gozamos en el amor; después, mucho después, es cuando podemos dar alguna razón de lo que es un ser enamorado; algunos dirán con el tiempo, en esta relación he madurado, he crecido...infinitamente trascendido, he dejado aperturarme por Otro(a).

Amar implica riesgo, aventura, coraje, como dicen los más experimentados, estar dispuesto a pagar el precio de sufrir. El amor es un juego dolorosamente delicioso que así nos golpee, temprana o tardíamente nos volvemos a enamorar. Somos conscientes del amor, pero ello no implica que queramos estar elevados dos centímetros por encima de la tierra. Es como estar y no estar; sé que la amo (aquí opera la razón), pero a la vez percibo que ese amor no es como todos los amores porque nadie lo siente como lo siento yo, al punto de hacer cosas que sólo valida la no-razón<sup>7</sup>, el mito y el sueño; tanto el amor, como el juego, desbordan la razón. Morin llama a

---

<sup>5</sup>El amor es, hablando biológicamente, la disposición corporal bajo la cual uno realiza las acciones que constituyen al otro como un legítimo otro en coexistencia con uno. Cuando no nos conducimos de esta manera en nuestras interacciones con otro, no hay fenómeno social (Maturana y Verden-Zoller, 1997: 147).

<sup>6</sup>...en el arte, una obra no es ningún objeto frente al cual se encuentre un sujeto que lo es para sí mismo; por el contrario, la obra de arte, tiene su verdadero ser en el hecho de que se convierte en una experiencia que modifica al que la experimenta; lo que queda es la obra, no la subjetividad del experimentador...Igual sucede con el juego, que posee una esencia propia, independiente de la conciencia de los que juegan. Por tanto, el verdadero sujeto del juego no es la subjetividad del que desempeña el acto del jugar; el sujeto es más bien, el juego mismo (Gadamer, .1993: 147).

<sup>7</sup> La no razón es una categoría filosófica propuesta por Darío Botero Uribe para comprender un vasto ámbito de instancias culturales y de pensamiento que no caben en la razón sin ser irracionales. Así se

esta doble posibilidad complejo (lo tejido) de amor; o sea, la unión entre locura y sabiduría ¿Cómo desenredar esto? “Es evidente que es el problema que afrontamos en nuestra vida y que no existe clave que permita encontrar una solución exterior. El amor conlleva precisamente esa contradicción fundamental, esa co-presencia de locura y sabiduría” (Morin, 1998: 12).

### **Juego, amor, deseo y....**

Parafraseando a Maturana y Verden-Zoller (1997), vivimos en un mundo que niega el juego y banaliza el amor; en nuestra cultura no se espera que juguemos porque debemos estar haciendo cosas importantes; el amor se encuentra excluido de discursos y obras formales porque razón y afecto no son compatibles entre sí. “Se nos ha olvidado que jugamos a amar...y la relación con la pareja y el grupo funciona mientras existe imaginación, creatividad, sorpresa, no reglas ni rutina; es decir mientras se juega” (García, 2006: 84). Amor y juego son constitutivos (mas no derivativos) de nuestra condición humana; ellos hacen de nosotros seres desbordados, capaces de contener más de lo que podemos contener, son infinitud por excelencia. Dicha in-contención, nos coloca en esperanza de realización en tanto nuestra capacidad se extralimita más allá de lo que las ideas formales dicen acerca de lo que somos; no es con explicaciones teóricas como se da solución a nuestra posibilidad emancipadora de ser; por el contrario, “contener más de lo que se es capaz es en todo momento, hacer estallar los cuadros de un contenido pensado, superar las barreras de la inmanencia” (Levinas, 1977, 53)... de lo sedimentado. Esto gracias al mundo expandido y trascendente logrado a través del Juego en nuestra subjetividad y una exterioridad hecha piel ofrecida por el amor. Ambos, con la posibilidad desbordante del deseo que supera la necesidad.

El deseo es el tercer componente que nos impulsa a querer vivir in-contenidamente, o sea, fuera de paquetes que pre-dicen erradamente nuestro accionar en el mundo. Sin embargo, aclaro que no es el deseo que logra su satisfacción en el acto inmediato de la entrega o el logro. Muy al contrario, es el deseo que escala el esfuerzo, que avanza y retrocede, al fin de cuentas, nunca alcanzado. El deseo que alcanza el logro o contenido con lo ínfimo del consumo, es el deseo que castra la imaginación y la capacidad de creación.

Volviendo a mis años de juventud o muchachada, recuerdo haber encontrado en nuestra casa un ratón, el cual perseguimos durante toda una mañana hasta que por fin logramos cogerle y darle muerte. Ello se convirtió en la persecución del día y el logro alcanzado ante tanto grito, miedo y osadía. Una vez con el difunto, decidimos no enterrarlo sino obsequiarlo al gato del vecino. Supuse que el gato se pondría muy contento y hasta agradecido conmigo por semejante agasajo y bendición de haber cazado por él. Cuando le mostré el ratón suspendido de la cola, el gato se puso expectante e inquieto; observé que sacó sus uñas y fijó su mirada profunda en el ratón. Dejé el difunto sobre el suelo y, vaya sorpresa la que me di; el gato movió al ratón con sus patas, vio que no se movía, menos aún, corría. Inmediatamente guardó sus uñas y se fue un tanto desalentado. ¡El gato no se comió el ratón! ¿Qué pasó? ¿No son los ratones el plato preferido de los gatos?, aparte de que estos animales no comen cadáveres, creo que su deseo se extinguió en el contenido logrado a través de un regalo que no había luchado ni perseguido. La falta de deseo superó la necesidad de su comida.

En el deseo, por tanto, cabe lo inexistente tal como lo expresa Laplanche y Pontalis:

El deseo nace de la separación entre necesidad y demanda; es irreductible a la necesidad, puesto que en su origen no es relación con un objeto real, independiente del sujeto, sino con la fantasía; es irreductible a la demanda, por cuanto intenta imponerse sin tener en cuenta el lenguaje y el inconsciente del otro, y exige ser reconocido absolutamente por él (citado por Botero, 2001: 1003):

No sólo se desea lo que se necesita, el deseo surge de lo que se sueña, de nuestras pulsiones e imaginaciones; tampoco se desea sólo lo que se ofrece, puesto que el ofrecimiento tiene que ver con algo existente; el deseo es mucho más, es trayecto de superación, ya que en el trayecto es donde nos sentimos realizados; el deseo no es punto de partida, ni menos de llegada, es recorrido escabroso de lucha; si “todo” lo tenemos a nuestro alcance o nos lo ofrecen sin el menor esfuerzo ¿para qué deseo o quiero lo que quiero?

Fuera del hambre que se satisface, de la sed que se calma y de los sentidos que se aplacan, la metafísica desea Otro más allá de las satisfacciones, sin que sea posible realizar con el cuerpo algún gesto para disminuir la aspiración, sin que sea posible esbozar alguna caricia conocida, ni inventar alguna nueva caricia (Levinas., op.cit. 58)

Junto con el juego y el amor, el deseo nos permite querer alcanzar lo inalcanzable, ir tras la huella que despista y el olor que confunde, pero, gracias a ello, la vista se agudiza y el olfato se profundiza hacia lo imperceptible. Es morir por lo invisible, pero mientras se muere, se vive intensamente.

Es el amor (como mencionaba antes) lo que nos permite entender que el Otro está y no está, que pide extrañamiento y lucha, no sólo gozo y satisfacción; el deseo es el detonante del amor para que éste no caiga en la desidia de la rutina, ni en la monotonía del encuentro, ¡hay que dejar que el Otro luche por nosotros; De igual manera, el jugar es lo que posibilita el riesgo, el vaivén, estar en la cuerda floja, sentir que no todo está dicho y que siempre habrá algo por decir, es el deseo de jugar lo que permite que el Juego sea; si el deseo se encuentra ausente ¿para qué Juego?

Lamentablemente, una aguda experiencia de lo humano enseña que los pensamientos de los hombres son conducidos por sus necesidades...que el hambre y el miedo pueden vencer toda resistencia humana y toda libertad, esto se nos muestra como totalidad y finitud para que los malvados sigan ejerciendo su poder sobre el ser humano; ellos desconocen que deseamos más allá de todo lo que puede simplemente colmarlo. Como la bondad: lo deseado no la calma, la profundiza (Levinas, ibid., 58).

La seguridad de la muerte nos da fuerzas para vivir en la imposibilidad de la vida, la otra vida, la vida no vivida que siempre deseamos vivir; la insatisfacción nos acompaña, nunca estamos del todo contentos con lo existente, siempre esperamos algo más, tal vez lo no suplido por el dinero, ni lo material que se consigue a través de éste, ni la relación dada afectivamente por Otro; siempre existirá un espacio de esperanza para albergar en nuestro corazón aquello deseado que nunca nos será colmado. Podríamos responder frente al cógito cartesiano: Deseo, luego existo.

### **Juego, amor, deseo, investigación...**

Hemos tratado de desplegar tres palabras, tres componentes in-contenibles en nuestra condición de seres humanos: el deseo, el amor y el juego; ¿es posible añadir otra palabra más a nuestra

actitud natural, a nuestra infinitud? No en vano me he propuesto considerar -al menos como esbozo de trabajos de mayor talante- a la investigación como oportunidad para desbordar la academia del transmisionismo que durante décadas la ha caracterizado.

En la actualidad existen políticas que someten la investigación a un elitismo académico, pues plantean que ésta se debe desarrollar, básicamente, a nivel de postgrados; es decir, maestrías y doctorados; que los niveles de escolaridad básica y de pre-grado difícilmente están en condición de realizar investigación “seria” para el avance de la ciencia y la tecnología. En tal sentido, de la práctica investigativa en nuestras Universidades, percibo que ésta atraviesa, al menos, por dos problemáticas en su formación:

La primera tiene que ver con el trabajo que ayudantes o asistentes realizan alrededor de un profesor que ha construido una trayectoria en investigación. El aprendiz al lado del operario (Corchuelo, 2006). En este caso, los estudiantes de pre-grado no son más que “peones” de investigadores connotados en un área profesional; estos últimos, cumplen el papel de directores o jefes de investigación. Los estudiantes, explícitamente, figuran como auxiliares del proyecto, mal llamados aprendices. Su papel en la investigación se limita a recoger información o realizar el *trabajo de campo* del proyecto, desconociendo el inicio y fin del mismo; por su parte, los directores o “investigadores” del proyecto, analizan lo recogido por los estudiantes en su oficina o laboratorio sin la participación activa de ellos. Acciones como estas, perpetúan el clasismo en la producción de conocimiento, pues se considera a unos expertos y a otros como menos capacitados para comprender todo el proceso de la investigación. Además, se considera al estudiante como menor, incompleto en conocimiento y verdad para dar cuenta de todo el recorrido o diseño del proyecto.

La otra problemática que percibo, es cómo la investigación se ha formalizado y estatificado en nuestros currículos universitarios. En casi todas las áreas de conocimiento se enseña la asignatura “Metodología de la Investigación”, como si aprender a investigar dependiera de una serie de fórmulas o recetas de cocina que dicen cómo se prepara el gran pastel del conocimiento. Reducir la investigación a metodología es como enseñar los caminos sin saber hacia dónde nos dirigimos; nos ofrecen las respuestas al inicio, o en el trayecto, acerca de una cantidad de preguntas que nos formulan al final; se enseña a “investigar” teóricamente en los primeros semestres y sólo terminando la carrera profesional, entendemos por qué es importante hacer un proyecto de investigación; la repuesta cobra sentido cuando la pregunta ya no moviliza. Aprendemos a des-tiempos, recorreremos caminos (metodologías) angostos con una sola llegada. En Investigación: *No* “todos los caminos conducen a Roma”. “Es preciso tener la visión, después hacer el proyecto, identificar las metas y después actuar, dar un paso cada vez. Con la mentalidad simple del agricultor que lanza semillas” (Feitosa, 2006: 106). Más que andar es fecundar...dar fruto.

¿Cómo hacer de la investigación procesos que desbordan la razón? Tal vez si nos constituimos con aquello que nos desborda, podremos sentirla como oportunidad para ensanchar horizontes de vida y no seguir atrapados en su instrumentalización. Es hacer de la investigación un *jugar* para que se vuelva lúdica y significado; *enamorarnos* del área o tema que nos apasiona para sentir gozo en su exploración. Todo ello, con la sospecha de que nos faltó algo más por descubrir, por encontrar, otra muralla que franquear: un *deseo* inacabado.

En el jugar, la investigación se nos vuelve acción natural en la medida que “el vaivén del movimiento lúdico aparece como por sí mismo...como si marchase [sola]. La facilidad del juego, que desde luego no necesita ser siempre verdadera falta de esfuerzo, sino que significa, fenomenológicamente, solo la falta de un sentirse esforzado. O sea, se experimenta subjetivamente como descarga” (Gadamer, 1993: 148). Asumir la investigación como juego es

dejarnos abandonar a lo lúdico que ella comporta, al deber de la iniciativa del “tener que” por el “querer ser”. No podemos seguir entendiendo la investigación solamente como producción de conocimiento o generación de nuevo conocimiento, sino como una con-natural sospecha que nos acompaña, lo cual nos hace imposible renunciar a ella; la misma búsqueda por lo desconocido ya nos produce placer y descarga subjetiva, así sea poco claro lo que encontremos al final del camino. Entregarnos por completo a las sombras de la curiosidad incesante, por saber qué habrá más allá de..., es dejar que la investigación juegue y sea péndulo de realización en el movimiento mismo y no lo alcanzado en cada uno de sus extremos (ni llegada, ni partida); la investigación es acción de fantasía y realidad muy similar a lo que nos produce el infinito del jugar.

Respecto al amor, la investigación es natural en nuestra condición humana, en tanto queremos investigar aquello que realmente nos apasiona, nos enamora, nos envuelve. Ella no puede seguir enajenada de nuestra naturaleza, eso sería ir contra-natura. Esto explica por qué para algunos de nuestros estudiantes de colegio y universidad es tan aburrido investigar. Muchas veces, cuando la idea de investigación la propone el docente y los estudiantes se unen a ella, la visión por lo que se quiere investigar se acorta en tanto no se encarna el proyecto; es decir, no alcanza a pasar por la piel de los estudiantes. A no ser que el docente sepa transmitir esa inquietud de sí que comporta el proyecto y esa magia hechizante y des-paralizadora que lo moviliza más allá de la razón, le será muy difícil a los estudiantes sentir un problema de investigación como suyo. Es mejor cuando la idea de lo que se quiere investigar parte de los mismos jóvenes investigadores; sin embargo, ello no quiere decir que docentes y estudiantes se prendan del mismo hilo para avanzar por los caminos escabrosos que lleva en sí el proyecto. Pero cuando uno solo y no todos son los que tiran con la visión, difícil es el avance y tensas las relaciones. No olvidemos que el amor, aparte de emocionarnos, conlleva compromiso, lucha y entrega. No enamorarnos de lo que se quiere investigar, es hacer de la investigación algo tedioso, fastidioso, llena fórmulas que hay que cumplir; la última pretensión es el grado académico. De este modo, existen profesionales que vivieron la pesadez mortífera de haber tenido que investigar. Como dice mi madre: mataron el amor y se acostaron con la muerta.

Por último, (respecto al deseo), me parece que no se investiga algo que no se desea, pues la sorpresa, la intriga y la sospecha son permanentemente adormecidos por la excesiva teoría; ello se ve reflejado en la citación de cantidad de autores, más escondida la identidad de quien escribe e investiga; la fuerza del escrito recae en los razonamientos de otros y no en los pensamientos propios. La investigación es ese deseo de poseer comprensivamente aquello que no entendemos y nos mueve a reflexión, es la insaciabilidad por com-prender, por buscar lo inquietante, lo infinito de nuestra finitud. Como lo expresaba anteriormente, por naturaleza siempre vamos más allá de lo que necesitamos. Si en las clases de investigación nos ofrecen los conceptos y la totalidad del proceso acerca de cómo investigar, nos sucede lo del gato, poca gracia nos causa el ratón; es decir, la idea que no se mueve, por ende, escondemos las uñas (el deseo) de querer atrapar y trepar sobre un problema de investigación.

En la investigación, necesitamos ir tras la huella de..., buscar pistas, crear métodos, inventar laberintos, con-fundirnos con lo inesperado. Conoce una ciudad quien se pierde en ella. Investiga el que no sabe qué camino coger; sin embargo, el deseo lo empuja a descubrir y crear caminos otros (no otros caminos sumados a los ya existentes) que nunca esperó encontrar, menos aún crear; investigar es abrir osadamente trochas que otros no se hubieran aventurado a sospechar. Visibilizar caminos y descubrir territorios, ello sólo es posible si emergen problemas reales de investigación y no sólo ejercicios para aprender a investigar<sup>8</sup>. Zemelman (2005) nos

---

<sup>8</sup> Se entiende aquí que el problema se identifica a partir de una situación que produce o se prevé que pueda producir un conflicto y que como lo señalan Jessup M. y Castellanos R., en principio no tiene una

habla de ir hacia problemas epistémicos y no teóricos; es decir, nombrar las cosas de otra manera, incluso, nombrar lo in-nombrado más allá de lo que los conceptos e ideas formales dicen acerca de lo que es real. El deseo nos vuelve creadores de realidades y expansibles del mundo.

## **A manera de Reflexión**

La investigación se vuelve natural en nosotros en la medida que la asumamos como parte de nuestra condición humana, sencillamente es lo que es y no otra cosa, como el deseo, el juego y el amor. Hagamos de nuestras clases pequeños-grandes proyectos de investigación, no importa si no es en clase de “Metodología de Investigación”; por el contrario, porque la naturaleza es portadora de creación que juega en medio del amor y el deseo, es, precisamente, que investigamos; se trata de concebir la investigación como fuente de transformación personal y colectiva (Jaramillo, 2006). Esto permite que tanto estudiantes de investigación como investigadores, den cuenta de una realidad de la que ellos mismos hacen parte, así “tengamos que asumir las consecuencias que ello tiene sobre el lenguaje y lo que entendemos por [ciencia] y por historia” (Zemelman, op.cit: 94). No podemos encerrar y ordenar en un currículo lo que por naturaleza es libre e insospechado; algo excitante donde ya no importa el tiempo de clase, ni el sitio de encuentro, ni la nota, o sí gané o perdí el semestre, sencillamente investigo, juego, deseo y me enamoro.

## **Referencias bibliográficas**

- BOTERO, D. (2001). Vida, ética y democracia. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá: Unibiblos.
- BOTERO, D. (2000). Manifiesto del Pensamiento Latinoamericano. Bogotá: Magisterio. Mesa Redonda.
- CORCHUELO, M. (2006). Las tres dimensiones de la práctica docente como investigación. En: Seminario de “Educación y Pedagogía contemporáneas en el marco de la re-configuración de las Ciencias Sociales y Humanas”. Doctorado en Educación. Popayán: Universidad del Cauca.
- DUVIGNAUD, J. (1997). El Juego del juego. Bogota. Breviarios: Fondo de Cultura Económica
- FEITOSA, A & KOLYNIK, C. (2006). Mudanzas: Horizontes desde la motricidad. Popayán: Universidad del Cauca.
- GADAMER, H. G. (1993). El Juego como hilo conductor de la explicación ontológica. En: Verdad y Método I. Salamanca: Sígueme. Pág 143 – 154.
- GARCÍA, B. S. (2006). Juego y Deporte: aproximación conceptual. Apunts. Educación Física y Deporte (83), 82-89.
- JARAMILLO E. L, G. (2006). Ser sujeto en la investigación: Investigando desde nuestra subjetividad. Revista Colombiana de Educación. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional. 50, 105-119.
- JARAMILLO, L, G. (2004). La Escuela, el colegio, la razón y la pasión. En: Revista de Educación Física y Deportes Apunts. Barcelona: (74), 75-81.
- LEVINAS, E. (1977). Totalidad e Infinito: ensayo sobre la exterioridad. Salamanca: Sígueme.

---

solución evidente o un camino evidente para obtenerla. Por lo tanto se requiere de un proceso de análisis y toma de decisiones que permita la elección más apropiada de acuerdo a las características del contexto. De esta manera, un problema es diferente de un ejercicio. No se podrían considerar como problemas sino como ejercicios aquellos cuestionamientos que suelen aparecer en los libros de texto y cuyas respuestas están definidas con anterioridad (Citado por Corchuelo, 2006).

- MATURANA & VERDEN-ZOLLER. (1997). Amor y Juego. Fundamentos olvidados de lo humano. Instituto de Terapia Cognitiva. Santiago de Chile: San Pablo. Quinta Edición.
- MAX NEEF, M (agosto, 2005). Del saber al comprender: navegaciones y regresos: Ponencia pronunciada en el Primer Encuentro Nacional por la vida. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- MERLEAU-PONTY, M. (2000). La duda de Cézanne. En: Sentido y sinsentido. Barcelona: Península. Pág. 33-56.
- MORIN, E. (1998). Complejo de Amor. En revista Gazeta Antropológica. CNRS. París, Francia. 14, 14-01.
- TORO, S. (2006). Juego y Motricidad. En: Revista Motricidad y Persona. Universidad Central. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- ZEMELMAN, H. (2005). Voluntad de conocer: el sujeto y su pensamiento en el paradigma crítico. Barcelona: Anthropos.

